

Mayólica



Un oasis. El plumaje abrasado de algunas palmeras da sombra al árabe que, demasiado exhausto para beber el agua vivificante, agoniza cerca de un manantial. Brota de las peñas el líquido fresco y delicioso para encharcarse en un hueco de la tierra bordeado de tamarindos y anémonas rojas; el hilo diamantino se desprende, vivo y dulce, produciendo, al caer en la charca transparente, una débil música, un argentino chapoteo, un ritornelo tenue y armonioso, que llega como caricia enloquecedora al oído del beduino sediento. Ese claro rumor de agua trastorna su cerebro con imágenes fulgurantes; ante sus oscuros y enormes ojos, que han conservado el estupor de los arenales brillantes y ardorosos, el anhelo de los oasis edénicos, la llamarada del sol inexorable, en las vastas extensiones solitarias—desfilan perspectivas de esplendores confusos, mitad recuerdos, mitad visiones de alucinado. . . . Minaretes maravillosos, arabescos de filigrana, mezquitas marmóreas, fuentes de mosaico hundidas en el verdor de los huertos silenciosos, retiros floridos bajo la bóveda fresca de los lentiscos, multicolora claridad de harem, espirales de humo aromático que ascienden de las «chibouckas» de coral y las cazoletas doradas. . . . La muerte se apodera de su cuerpo como la vaga somnolencia, la embriaguez desfalleciente del harsich; en su fantasía finge el agua sonidos extraños: ya escucha en ella un monótono ritmo de tam-tam, ya un caramillo pastoril, ya la voz triste del «muezzin» convocando a la oración. . . . Le habla ese ruido cristalino de la ciudad lejana, de los huertos de ensueño, de los surtidores que retratan palmeras y lentiscos, extendidos sobre su diáfana superficie a manera de sombras bienhechoras. . . .

Y el árabe moribundo levanta al cielo sus enormes ojos negros donde se desarrolla confusamente toda una vieja leyenda oriental, con sus chispazos de luz, sus tonalidades diversas, su voluptuosidad acre, envenenada por el opio y el harsich.

BIBLIOTECA NAC. MEXICO

